PUEBLOS PERDIDOS

novela

Gil Blas Tejeira

Editorial Universitaria
Cuarta Edición. Panamá, 1995

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD DE PANAMA

Dr. Gustavo García de Paredes
Rector

Prof. Jorge Arosemena Román
Vicerrector Académico

Dr. Gustavo Arosemena Grimaldo
Vicerrector de Investigación y Post-Grac

Dr. Justo Medrano V.
Vicerrector de Extensión

Lic. Egbert Wetherborne
Vicerrector de Asuntos Estudiantiles

Mgtr. Gloriela H. de Rengifo
Vicerrectora Administrativa

Mgtr. Miguel Montiel Guevara
Secretario General

GIL BLAS TEJEIRA

PUEBLOS PERDIDOS

Novela

Editorial Universitaria
Panamá, 1995

Pueblos Perdidos
(Novela)

© Editorial Universitaria, 1995.
Estafeta Universitaria
Panamá, República de Panamá
Tel. 64-2087

© Gil Blas Tejira

Director: Dr. Pablo Armuelles
Editora: Mary Rosas Bader
Supervisora de Ediciones: Prof. Efigenia Cedeño G.

Cuarta Edición: 500 ejemplares.

Aprobado por el Consejo General Universitario.

Impreso en los Talleres de la Imprenta Universitaria.

PUEBLOS PERDIDOS

Novela

PRIMERA PARTE

Capítulo

I

MARIA DE LOS ANGELES

Trece años tenía María de los Angeles cuando vino con sus padres al Istmo. Había nacido en Antigua, la ciudad guatemalteca que un volcán tricéfalo cubre con su sombra.

Francisco Vera, su padre, determinó un día trasladarse a Panamá con su mujer, María, y su única hija. Todo indicaba que un gran auge económico se dejaría sentir en breve en el Istmo, como consecuencia de la apertura de un canal, por una compañía francesa.

Pocos eran los bienes de la familia Vera en Antigua: una casa modesta y un huerto que no producía suficiente para el mantenimiento de la familia. Remediaba tales limitaciones el modesto sueldo de maestro de escuela que devengaba don Francisco.

Un día en el pedagogo prendió el espíritu de la aventura. Había que salir en busca de fortuna y ésta parecía llamar desde la tierra istmeña.

Vendió el señor Vera su casa y su huerto y emprendió viaje con los suyos.

Traía el centroamericano un plan determinado: abrir una fonda. Pensaba que en un lugar como Colón, donde habrían de afluir por razón de los trabajos del Canal gente de todos los rincones del mundo, un restaurante tenía que ser negocio pingüe. Su mujer era fuerte y sana a más de conocedora de asuntos culinarios y su hija bien podría ayudarla.

No le costó trabajo a la familia guatemalteca encontrar donde instalar su negocio. Fue en una barraca amplia, de las que abundaban entonces en Colón. Pronto afluyeron al restaurante trabajadores de distintas nacionalidades.

Eran pésimas las condiciones sanitarias que prevalecían entonces en Colón, salvo en el barrio de Cristóbal, ocupado por los franceses, donde la vigilancia médica y los servicios de la higiene eran satisfactorios. El negocio de la familia Vera, naturalmente,

estaba del lado abandonado, en el sector del que bien dijo un viajero de entonces que a su lado podían ganar premio de limpieza las más sucias barriadas de Tolón, Génova, Nápoles y Estambul.

El agua lluvia formaba grandes charcas en las calles. Abundaban los mosquitos y las moscas y no eran raros los sapos y las culebras. De una acera a otra había que pasar por tablas tendidas sobre las charcas. El medio era bastante distinto al de Antigua, donde los hontanares salían limpios del corazón de la montaña y el agua se arrastraba por las calles sin enlodarse.

—Algún día— decía el señor Vera a su mujer y a su hija — regresaremos a nuestra ciudad natal con dinero suficiente para comprarnos una buena finca y vivir sin mayores preocupaciones. Es cuestión de esperar pocos años. El negocio no va mal y ya tenemos una apreciable economía.

A veces el desánimo hincaba en el espíritu del guatemalteco No había logrado él adquirir por compra el terreno donde se levantaba su fonda. Todas sus gestiones con la firma Issac & Asch habían fracasado, no porque ella se negara a vender sino porque la Compañía del Ferrocarril alegaba ser dueña de toda el área de la Isla de Manzanillo y desconocía los derechos de Isaac & Asch sobre los lotes que ella misma había rellenado y habilitado para construcciones. La Compañía del Ferrocarril arrendaba por cinco años, al cabo de los cuales podía negarse a rearrendar y obligar al ocupante al desalojo.

La fonda de la familia Vera, a la que él dió el nombre de **La Antigua** como culto afectivo a su pueblo natal, estaba situada no muy lejos del **Leviatán**, enorme edificio de madera con apartamientos y cuartos de alquiler, habitado casi totalmente por gente colombiana muy distinguida, venida al Istmo atraída por las posibilidades de lucro que ofrecería el Canal. Entre ella figuraban también las autoridades políticas y militares.

No habían cumplido los Vera dos años de permanencia en Aspinwall, como entonces llamaban también a Colón, cuando les sobrevino el primer desastre: el 7 de septiembre de 1882 una terrible conmoción sísmica sacudió el Istmo. Colón fue la ciudad más castigada, sin duda por la falta de consistencia de sus construcciones. Muchos edificios cayeron y otros tantos quedaron cuarteados e inhabitables. Puentes e instalaciones del ferrocarril sufrieron fuertes daños y aunque sólo murieron cinco personas, un terror pánico se apoderó de la población.

La fonda de los Vera no se escapó del desastre y don Francisco, con evidente amargura, comentaba:

—Me habían asegurado que el Canal se abriría por Panamá porque aquí no se producen terremotos y en un día he visto caer más casas aquí que en Antigua en más de treinta años.

Pero no era Francisco Vera hombre que se dejara arredrar por un percance. Con sus economías levantó de nuevo su barraca para reinstalar su fonda, con apartamientos contiguos para él, su mujer y su hija.

Preocupaba al viejo maestro chapín la educación de María de los Angeles. Le horrorizaba la idea de morir víctima de la fiebre amarilla que por entonces se enseñoreaba de la ciudad-campamento.

En las noches, cerrada la fonda a hora temprana, a la luz de una linterna de querosín, se dedicaba a transmitir a su hija sus conocimientos, lo que iniciaba siempre e invariablemente con la misma frase:

—Aprende, hija, que cuando tus padres te falten sólo ha de valerte lo que sepas.

María de los Angeles era quien llevaba las cuentas del negocio y hacía la separación de las monedas, trabajo que requería cierto adiestramiento, pues en el Colón de entonces, como en toda la Línea, circulaba toda clase de dinero y aun se permitía la plata fraccionada.

Tres años llevaba la familia Vera de establecida en Colón cuando la visitó la muerte. La fiebre amarilla hincó sus dientes en don Francisco y doña María.

María de los Angeles quedó sola en el mundo. Se sintió desconcertada y con todo fervor pidió a Dios que se la llevara con sus padres.

Pero el Cielo quiso las cosas de otra manera y la joven inmigrante, serenado su dolor, dispuso enfrentarse a la vida y seguir en la administración de **La Antigua.**

Tuvo a su favor la amistad de la familia Salazar, nativa de Gatún, en cuya casa le dieron alojamiento para que no quedara sola en los cuartos que antes ocupó con sus padres.

El tiempo iba moldeando a la muchacha en una mujer bella y atractiva. El clima, que convertía a hombres y mujeres sanos en seres macilentos y tristes, pareció respetar a la joven huérfana.

A los diez y siete años, María de los Angeles había desarrollado plenamente. De buena estatura, de formas perfectas, lucía además un rostro bello alumbrado por sus ojos pardos. El luto hacía resaltar el blanco mate de su piel. Sólo sus pómulos, ligeramente salientes, denunciaban en ella su remoto origen maya.

En el Colón de entonces, María de los Angeles lucía como una piedra preciosa a orillas de un pantano.

Capítulo

II

LOS ASIDUOS

Pronto **La Antigua** se convirtió en centro de atracción para jóvenes y maduros que creyeron que María de los Angeles, sola, inexperta y bella, sería fácil presa de sus requerimientos.

No había tenido la muchacha guatemalteca tiempo ni ocasión para desarrollar la coquetería que es ingénita en la mujer normal. Levantada en el trabajo y bajo una prudente pero estricta vigilancia paterna, desconocía los peligros de la belleza. Ella misma no parecía darse cuenta de que era hermosa y no trataba de dar relieve a su hermosura con prendas o adobos. Su cabellera bruna caía sobre sus espaldas como si ella instintivamente sintiera que llevada así en su forma más natural, resultaba su mejor adorno.

—María de los Angeles— solía decirle un abogado de nombre José Argüello, a quien todos llamaban familiarmente Joselito —Tú estás pasando trabajo porque quieres. Yo soy hombre pudiente y de influencia. Vente conmigo y nada te faltará.

Hubiera dado algo María de los Angeles por que aquel tinterillo miope no fuera más a su fonda. Veía que tras sus gruesos espejuelos brillaba una chispa malsana, un deseo viscoso que ella no podía definir, pero que le repugnaba como las charcas de la ciudad que en sus aguas turbias reflejaban la luz del sol. Joselito era el primero en presentarse en busca del desayuno y el último en irse para regresar antes del medio día. Pagaba con moneda grande y siempre insistía en que la muchacha se quedara con el vuelto, cosa a la que ella se resistía sistemáticamente.

La guatemalteca sufría frecuentes pesadillas. Bajo la bóveda de su frente se instalaba durante el sueño la figura del leguleyo que trataba de abrazarla y besarla. Sentía cerca de su boca la respiración anhelante de Joselito y la amenaza de la proximidad de sus bigotes lacios de cosmético y despertaba en los momentos en que asía con sus manos su pelambre rala y larga.

Un capitán centrano de nombre Alfredo Cadavid solía requerirla también. Era guapo, pero no simpático. Le hablaba con suave

entonación y la miraba con sus ojos verdes, llenos de deseos. Aparentaba no más de treinta años. Tenía fama de mujeriego y pendenciero. A María de los Angeles le repugnaba aquel militar, pero no de igual manera que Joselito. Era un temor físico, limpio de asco.

Pronto se puso de manifiesto una fuerte rivalidad entre el leguleyo maduro y el militar joven. Este, cuando llegaba, siempre después que Joselito, soltaba una puya:

—María de los Angeles, por la vidita suya, sírvame un buen almuerzo, pero le ruego que me reserve siempre los mismos platos porque no quiero que la comida que usted me prepara con esas lindas manos llegue a mí en los que ya han sido usados por ciertos viejitos que todo lo ensucian.

La solicitada sonreía y guardaba silencio. El aludido se mordía el bigote y también callaba. Bien sabía que si aceptaba la provocación, llevaba todas las de perder con el musculado y mozo militar.

No eran Argüello y Cadavid los únicos cortejantes de María de los Angeles. Había un mulato, capataz de las excavaciones del Canal, que no le ocultaba su inclinación y raro era el cliente que no se creyera con derecho a decirle piropos, no pocas veces de grosera lubricidad.

La chapina se sentía lastimada en su pudor por todo aquello, pero mantenía seguridad en sí misma. Ya podrían cansarse de decirle cosas, que ella sabría ponerlos en su puesto.

Un día llegó al mesón un extraño huésped. Era la hora del almuerzo y el lugar estaba concurrido. A la entrada del recién llegado se produjo un breve silencio que fue interrumpido por un coro en el que todos tomaron parte:

—Buenos días, don Pedro.

El llamado don Pedro esbozó una sonrisa y apenas contestó el saludo. Era un hombre de estatura menos que mediana, de tez oscura y cabello crespo cuidadosamente partido en el medio. Aparentaba andar poco arriba de los treinta años. Llevaba una levita oscura muy de moda entre la gente de foro de ese entonces, pantalón gris con pliegues a los lados, una camisa blanca y alforzada, alto cuello sin doblez y gruesa corbata de rayas blancas y negras.

El recién llegado pidió que le sirvieran sin especificar preferencia alguna y una vez servido se dedicó a comer sin apartar los ojos del plato. Los otros comensales parecían intimidados por la presencia del extraño. Este terminó primero que los demás, cubrió el precio de su almuerzo, y levantando ligeramente su bombín gris

les. Usted está sin amparo ante la ley. Es subarrendataria de la firma Isaac & Asch, en una forma que los abogados llamamos **sui-generis**, porque quien contrató con ella fue su padre ya fallecido. La Compañía del Ferrocarril es todopoderosa y usted ni siquiera puede alegar ser colombiana, porque es harto sabido que nació en Guatemala. Pero nada le pasará si acepta lo que yo le propongo.

—Oigame usted bien, señor Joselito o señor Argüello o como usted quiera que lo llamen —contestó ella con ojos chispeantes de cólera—. Yo prefiero perderlo todo, todo, y hasta buscar la vida en el barrio de Boca Grande donde me entregaría a todos, menos a usted, antes que aceptarle sus repugnantes proposiciones. Usted me inspira asco, un asco invencible, más que las charcas inmundas que llenan esta ciudad. Le ruego y aún más, le pido que nunca más se presente ante mí y si usted es tan poderoso, haga que me quiten mi negocio y me lancen a la desgracia, pero no espere nunca, nunca, que yo sea suya.

Capítulo

III

EL PROTECTOR

No fue sino ya en la noche, en casa de la familia Salazar, cuando en María de los Angeles hizo crisis el estado de nervios que le creó el diálogo con Joselito Argüello. Sola en su cama, prorrumpió en sollozos que no pudieron menos que llamar la atención de doña Dominga y de sus hijas Antonia y Catalina.

Fue inútil que las tres mujeres que le habían dado alero en su casa trataran de arrancar de ella la revelación del origen de su llanto.

—¡Nada! ¡Nada! No me pasa nada! Ustedes perdonen y déjenme sola, se los ruego.

Las Salazar terminaron por achacar a su situación de muchacha huérfana, en tierra extraña y sin deudo alguno, el angustioso llanto de la guatemalteca.

No duró toda la noche el sollozar de María de los Angeles. Como si hubiera hallado dentro de sí un remedio a su dolor, terminó por dormirse en sosiego.

La joven dueña de **La Antigua** había encontrado o creído encontrar, en efecto, un remedio a sus mortificaciones.

Levantóse temprano como de costumbre, fué a abrir su mesón a cuya puerta la esperaban los dos pinches que la auxiliaban en sus menesteres y se dedicó a atender a sus clientes, el primero de los cuales, como siempre, fue Joselito. Nada en ella revelaba el desagrado que le produjo el diálogo del día anterior.

Pasó el desayuno. Al medio día el mesón comenzó a llenarse como habitualmente. Entre los comensales se presentó, solo como de costumbre, Pedro Prestán.

Cuando éste hubo terminado de almorzar, se acercó a María de los Angeles para cubrir el precio de la comida. Ella aprovechó la ocasión para deslizar en la mano del abogado liberal un papelito. Prestán no se inmutó ni delató con un solo gesto sorpresa alguna. Se retiró y una vez fuera se enteró del mensaje:

"Don Pedro: —decía la misiva— quiero hablar a solas con usted. Venga más tarde, se lo ruego, cuando no haya comensales María de los Angeles".

Guardóse Prestán el papel y con pasos rápidos se dirigió a la estación del ferrocarril. Allí anduvo diligenciando cosas y cuando creyó que la guatemalteca estaba ya sola, regresó a **La Antigua.**

Su cálculo había sido correcto. Los comensales de María de los Angeles se habían ido, sin duda ahuyentados por la ola de calor y por el presentimiento de lluvia torrencial.

—Estoy a su mandar— dijo Prestán ante el pequeño mostrador que le servía de despacho a su bella amiga.

—Don Pedro —musitó la cuitada—. Yo le he pedido que venga a hablar conmigo porque he notado en usted un cariño respetuoso y limpio por mí. Usted sabe cuál es mi situación. Soy muy joven, mis padres murieron, estoy sola y desamparada y además, soy extranjera. Vivo de mi trabajo y quiero mantenerme decente

—¿Alguien le ha faltado o ha tratado de injuriarla?— preguntó Prestán con interés.

—Pues mire, don Pedro —reanudó ella— aunque yo soy muy moza, me explico que los hombres me digan cosas y traten de ganar mi voluntad. De eso yo sé defenderme. Pero hay cosas ante las que me siento indefensa. El señor José Argüello, a quien llaman Joselito, ha venido haciéndome proposiciones nada decentes Yo las podría pasar por alto. La vida me ha enseñado muchas cosas demasiado temprano. Pero ayer Joselito me ha amenazado con hacerme desalojar de aquí si no me le entrego. Quiere conseguir por intimidación lo que no logrará nunca por amor. Yo me siento en peligro, don Pedro. ¿Qué será de mí si me sacan de mi mesón? El dice que la firma Isaac & Asch no puede conseguir que la Compañía del Ferrocarril le reanude el contrato y yo soy rearrendataria de esa firma. La solución que me presenta Joselito es la de que me vaya con él como su amante...

María de los Angeles habló con emoción de lágrimas, pero sin exaltación. Prestán hizo un gesto como para tranquilizarla y luego le dijo:

—No tiene usted nada que temer, María de los Angeles. Yo no he tratado mucho a José Argüello, pero sí lo suficiente para saber que es un cobarde. Ahora lo sé además miserable. Usted deje esto al cuidado mío, que mañana mismo, aquí ante usted, él desistirá de su sucio propósito.

El día transcurrió sin más incidente que un aguacero fuerte y prolongado que hinchó las charcas de las calles. La mañana siguiente Joselito, como siempre, fue el primero en llegar a **La An-**

tigua al tiempo del desayuno. María de los Angeles esquivó sus miradas.

Al medio día llegó nuevamente el tinterillo. Tras él se presentaron los clientes regulares y por último, Pedro Prestán.

Sin alterar en nada su rutina, Prestán se hizo servir, comió y pagó. Mas antes de retirarse y con voz estentórea, se dirigió a Joselito:

—Oígame usted bien, señor Argüello, porque lo que le voy a decir tiene mucha importancia para usted y en la forma que me entienda y obedezca le va la vida. Usted ha amenazado a María de los Angeles con un desahucio de este lugar que ocupa su mesón. Yo sé que usted está al servicio de la Compañía del Ferrocarril no como abogado porque usted no lo es, sino como espía y tinterillo. Sé que usted tiene suficiente fuerza para hacer el mal y que si usted se lo pide así a sus amos, María de los Angeles será desahuciada. Pero si tal cosa llega a ocurrir, óigame bien, Joselito le repito, no habrá rincón donde usted se esconda donde yo no lo encuentre para agujerearle con cuatro tiros su piel de lacayo. Usted sabe y todo el que me conoce sabe, que yo jamás he amenazado a nadie en vano y que fundo mi nombre y mi honra en cumplir siempre mis amenazas.

Todos los concurrentes tenían los ojos fijos en Prestán. Ninguno de ellos ignoraba que era hombre peligroso, que más de una vez había hecho uso del revólver para solucionar diferencias.

Pálido y trémulo, el aludido trató de excusarse.

—Doctor Prestán; usted está mal informado. Yo le he dicho cosas a María de los Angeles sin ánimo de hacerle daño. ¿Qué de malo hay en galantear a una mujer, sobre todo si es tan hermosa como ella? Ayer le advertí con toda honradez que había una posibilidad de que la Compañía del Ferrocarril no reanude el contrato de arrendamiento de lotes con la firma Isaac & Asch, porque de eso me enteré circunstancialmente, pero yo no soy el hombre con fuerza para determinar la reanudación y la cancelación de un contrato entre dos entidades tan grandes.

—Yo no tengo tiempo ni temperamento para entrar en detalles —concluyó Prestán.— Sólo le reitero que si a la señorita Vera le ocurre algo, yo lo mato a usted sin vacilaciones y métase donde se meta, aunque usted no haya intervenido en su daño. Y esto le digo para que no haya omisión de su parte en la obligación que le impongo de impedir que la desahucien o la mortifiquen en cualquier otra forma.

Pedro Prestán no dijo más y dejando a Joselito con una frase sin cuajar en los labios, se ausentó del mesón, no sin antes descubrirse ante María de los Angeles y dar las buenas tardes a los comensales.

Capítulo
IV

CAMILE ROSTAND

Había sido una tarde lluviosa en exceso. Las calles estaban inundadas y nubes de mosquitos, moscas y coleópteros poblaban el aire. María de los Angeles, sentada tras el mostrador de su mesón, no esperaba huéspedes. Era sábado, cuando sus clientes habituales, hombres de distintas ocupaciones, preferían el ambiente de las cantinas, garitos y lupanares a la rutina de **La Antigua.**

Se disponía María de los Angeles a cerrar su negocio para retirarse con la tranquilidad que le daba la espera del domingo, su único día de descanso, cuando hizo su entrada *Pedro Prestán* Esta vez no venía solo. Lo acompañaba un joven esbelto, blanco, de *fino bigote castaño. Vestía* pantalones kaki, altas botas color chocolate, chaqueta de seda cruda y camisa clara. Al cuello llevaba una ancha corbata a rayas que caía con elegancia sobre la camisa alforzada.

Pedro Prestán saludó a la joven levantando su bombín sobre la cabeza. Imitólo su acompañante zafándose su sombrero de fieltro color gris y de muy amplias alas, que dejó al descubierto sus cabellos casi rubios.

El abogado hizo la presentación:

—María de los Angeles: le presento a mi amigo, el ingeniero francés Camile Rostand. Amigo *Rostand*: ésta es la señorita Vera, de quien le venía hablando.

El francés fijó sus ojos azules en la joven e hizo ante ella una gentil reverencia.

—Mucho gusto— dijo la joven, un tanto impresionada por la prestancia del extranjero.

—No queremos serle muy molestos, María de los Angeles —manifestó Prestán.— Nos conformamos con una buena taza de café. Sabemos que en día sábado y a esta hora venir en solicitud de comida es casi una impertinencia.

—Mi obligación es servir, don Pedro, y tratándose de usted y un amigo suyo, tengo además sumo gusto— dijo ello con suave sonrisa que puso de relieve su perfecta dentadura.

—De todos modos, María de los Angeles, no queremos sino café.

Mientras María preparaba lo pedido, Prestán y el forastero, ya sentados a una mesa, entablaron un diálogo en francés. Una vez servidos, el abogado dijo al ingeniero en español:

—Le ruego que sigamos hablando en mi idioma. Usted, como buen francés, sabe que no sería cortés de nuestra parte seguir hablando en lengua que nuestra amiga ignora, máxime cuando usted posee el español mejor que yo la lengua de usted.

El diálogo versó sobre los asuntos que eran sin duda los de mayor preocupación del momento.

—Creo haber dicho a usted más de una vez, amigo Rostand —dijo Prestán con marcado énfasis— que en mi opinión lo que más dificulta la vigencia de un orden y de seguridad e higiene aquí es la presencia de tres fuerzas que no han logrado conciliarse para trabajar de consuno. La Compañía del Ferrocarril ejerce en toda la Línea y aun aquí en Colón derechos irrestrictos, lo que es un evidente e irritante abuso. La Compañía Francesa, por su parte, por el mero hecho de su fuerza económica que se manifiesta en un desbordamiento de dinero que acabará por arruinar al pueblo francés que financia la obra del Canal, no está sometida a normas legales. La tercera fuerza es Colombia. Franceses y norteamericanos nos miran con no disimulado desprecio. Somos un pueblo revoltoso, pendenciero e inestable, inmaturo para garantizar un gobierno serio, que asegure una sana convivencia. Con muy pocas excepciones, entre las cuales cuento a usted, franceses y norteamericanos ven en nosotros, sobre todo en los que llevamos sangre negra o india, a seres inferiores, subhombres recién salidos de la selva. Por su parte, el nativo parece aceptar tal postura extranjera como hija de una realidad.

—Yo creo que usted exagera, amigo Prestán —dijo el joven forastero en castellano correcto, apenas matizado por un ligero acento galo.— Desde luego, yo admito y usted sin duda no podrá desacordar conmigo, que los norteamericanos y los europeos, por haber alcanzado un nivel de cultura más alto, somos inclinados a mirarlos a ustedes por encima del hombro. Sin duda esta actitud ha de pasar cuando ustedes hayan logrado gobiernos estables y suprimido la tendencia revolucionaria que se manifiesta en frecuentes guerras civiles.

—¿Pero, cómo quiere usted que no hagamos revoluciones cuando el gobierno es ejercido por grupos arbitrarios, impuestos por la maña y la violencia y sin preocupación alguna por mejorar las

condiciones del pueblo?— interrogó Prestán.— Colombia ha sido víctima de dictaduras, desde Bolívar hasta nuestro días. Los conservadores, en convivencia con las fuerzas regresivas del clero, pretenden imponerse sobre las mayorías liberales. Y si ellos se imponen por la violencia ¿qué camino nos queda a los liberales sino el de buscar *solución en la fuerza*?

—Lo que usted dice, amigo Prestán —arguyó el francés— tal vez explique las continuas revoluciones, pero no niega mi afirmación de que no han logrado ustedes establecer una convivencia pacífica y libre que les permita desarrollar sus inagotables e inexplotados recursos y alcanzar, como lo están alcanzando los Estados Unidos, bajo el amparo de sabias leyes y con el *concurso de fuertes corrientes inmigratorias*, riqueza y prosperidad.

Una sonrisa entre amarga y sarcástica se dibujó en los labios del abogado liberal.

—¡Riqueza! ¡Prosperidad! ¡Paz! —dijo Prestán con tono zumbón— Ustedes quieren que de la noche a la mañana nosotros tengamos lo que ustedes, los *europeos más* cultos, no lograron alcanzar sino tras muchos siglos de luchas y sin haber logrado librarse totalmente del azote de la guerra. ¿La franco-prusiana no fue acaso más cara en dinero y sangre que nuestras revoluciones y no ha dejado la simiente de una guerra futura que sin duda iniciará Francia cuando se considere suficientemente fuerte para reconquistar *Alsacia y Lorena*?

—Amigo Prestán, amigo *Prestán* —reconvino el francés tratando de serenar con la suavidad de la voz lo que de recriminatorio había en sus palabras— usted está llevando la discusión a un terreno en el que los dos vamos a quedar empantanados. Yo personalmente no tengo prejuicios nacionales ni raciales, usted lo sabe, ni sostengo que Europa ha alcanzado normas de vida ideales. En cierto modo, soy un *decepcionado* del Viejo Mundo y vine al nuevo, no como un aventurero de fortuna, sino como un ingeniero interesado en ayudar a mejorar el olvido de Dios al hacer una América sin canal de *intercomunicación* de los dos océanos. Pero discrepo de usted en lo de que las revoluciones son necesarias, que ellas deben cubrir una etapa de la historia de los países hispanoamericanos y que las llamadas guerras civiles van a traer las soluciones que necesitan estos pueblos.

—Es porque usted no puede entendernos, amigo Rostand —afirmó el abogado.— Yo seré un revolucionario mientras en mi patria no haya un gobierno que nos dignifique a todos: blancos, negros, indios, mulatos, zambos. A mí me acusan de que odio a los extranjeros y muy especialmente a los norteamericanos Eso es falso, y usted lo sabe. Pero no puedo negar que soy un resentido. Culturalmente, me siento a la altura de los hombres cultos

de Europa y los Estados Unidos. Hablo mi lengua y con bastante perfección el francés y el inglés. Mi ejercicio es la abogacía, lo que me obliga al estudio contínuo. Mas para el magnate y aun para el subalterno blanco de la Compañía del Ferrocarril, soy un despreciable mulato de nacionalidad indeterminada, pues hasta han hecho circular la especie falsa del todo de que soy haitiano. Yo no me he parado a desmentir este embuste porque me parece que de hacerlo, demostraría tener en mengua haber nacido en Haití y yo no quiero hacer a los haitianos tal ofensa.

—Yo lo entiendo a usted, Prestán —aceptó el francés— y si de mí dependiera, las cosas estarían arregladas de manera que los hombres de la cultura y de la hidalguía de usted no tuvieran que sentirse menospreciados por una circunstancia tan ajena a su propia determinación como es el color de la piel. Y me angustia su resentimiento, porque en un hombre de su impulso, puede llevarlo algún día a extremos trágicos.

—También yo me lo temo, amigo Rostand —convino el abogado.— Yo siento en mí una fuerte pasión que me lleva a enfrentarme a dificultades superiores a mí. Cuando pienso en el desprecio que los blancos sienten por los negros y los mulatos y veo que éstos les rinden honores a aquéllos como si aceptaran ser inferiores a ellos, me dan ganas de gritar y actuar en forma que los blancos comprendan que hay entre los míos un hombre, que soy yo, que no les teme y que los mira de igual a igual, como amigos o como enemigos, según ellos escojan.

Había oscurecido. Prestán propuso a María de los Angeles que cerrara y que aceptara la escolta de él y del francés hasta su casa.

Capítulo

V

EL AMOR

El joven ingeniero francés, después de su primera visita al mesón **La Antigua**, se hizo asiduo concurrente. En la tarde, ya cubierta su jornada de trabajo, llegaba casi siempre solo. Cuando lo acompañaba Pedro Prestán, se sentaba a dialogar con éste en francés, ignorando exprofeso a los otros comensales, desconocedores de ese idioma. Eran los últimos en irse y lo hacían siempre sirviendo de escolta a María de los Angeles. Cuando iba solo, saludaba con un gesto a los concurrentes, se sentaba en completo aislamiento y esperaba a que la joven terminara su tarea para acompañarla.

Pronto para los clientes de **La Antigua** se evidenció que Camile Rostand hacía la corte a María de los Angeles y que ésta no era indiferente a sus requerimientos.

No era necesaria una gran capacidad de percepción para notar que un afecto grande había nacido en el pecho de la muchacha centroamericana. El aire de tristeza y alejamiento de su rostro, desapareció. Su sonrisa, antes infrecuente y melancólica, se hizo suave y habitual. Por las tardes cuando se acercaba la hora en que el francés solía presentarse, María de los Angeles no podía ocultar su inquieta alegría.

Camile Rostand comenzó por ganar la confianza de la muchacha. Su cultura y su experiencia de francés le habían enseñado a buscar suavemente, sin violencias, los caminos del corazón.

Sabía que el amor no debe revelarse nunca con declaraciones y que una mujer nota que es amada antes de que se le diga.

Cuando acompañaba a María de los Angeles a su casa, el francés le hablaba de su patria lejana. Había nacido en una pequeña ciudad del valle del Ródano, Bellegarde, entre la frontera suiza y Lyon. Se deleitaba describiéndole los campos cubiertos de mieses, los rebaños vacunos y lanares, los extensos viñedos, los castillos que se levantaban magníficos sobre las alturas, la primavera exuberante, los veranos que maduraban las frutas de los huertos, los otoños de las vendimias realizadas entre bailes y cantos, los inviernos moderados en esa región defendida de los grandes fríos

del norte y el Ródano serpenteante y solemne que busca los caminos hacia el Mediterráneo llevando consigo las imágenes de los impresionantes panoramas.

Allá en ese valle prestigiado de historia, bajo el tutelaje de sus padres, dueños de unos viñedos que les proporcionaban recursos suficientes para sus necesidades de franceses sobrios, había transcurrido su infancia. Hizo su liceo en un gimnasio de su ciudad y luego pasó a Lyon a estudiar ingeniería. Más tarde en París conoció a Phillip Bunau Varilla, a quien debía su actual aventura de Panamá.

María de los Angeles se sintió más de una vez mordida por la curiosidad de preguntar a Camile sobre otros aspectos de su vida. ¿Era casado o había dejado en su tierra alguna novia en espera de su regreso? ¿No eran las francesas las mujeres más bellas y amorosas del mundo? ¿Podría él, hombre tan culto y experimentado, fijarse seriamente en una muchacha centroamericana, sin padres ni familia, recogida por benevolencia en una casa panameña, de escasa cultura y dedicada a un negocio tan falto de categoría como el de su mesón?

Pero la joven no lograba superar sus temores. Recordaba un cuento que le refería su madre, de la niña bella y humilde que mereció el amor de un príncipe metamorfoseado en lagarto por una perversa hechicera y que puso en peligro su felicidad por haber tratado de escudriñar el misterio que envolvía el encantamiento de su amante.

Ella tenía poco que contar al francés. Los episodios sobresalientes de su vida eran todos trágicos. El panorama centroamericano donde nació y vivió sus primeros años era imponente al par que triste. Antigua era un pueblo asido a la falda de un volcán de tres cabezas que parecía amenazar siempre con escupir fuego. El terremoto de 1882, la muerte de sus padres, su lucha frente a la vida a una edad en que las muchachas se preparan para el estudio o para alternar en sociedad.

Ni siquiera osó referir a Camile las bajas proposiciones de Joselito. Un pudor insuperable se lo impedía. Por lo demás, era evidente que el francés estaba enterado por Prestán, pues él no podía disimular un gesto de repugnancia cada vez que clavaba sus ojos en el tinterillo frecuentador de **La Antigua.**

Una noche, ya ante la puerta de la familia Salazar y aprovechando la soledad, Camile tomó entre sus brazos a María de los Angeles y buscó con sus labios su boca. La muchacha no se resistió. Antes, abrazó con pasión al francés, como si estuviera esperando aquel momento para la entrega. Y entonces él por primera vez le dijo: "Te quiero", mientras le cubría la cara de besos.

Fueron breves aquellos momentos de reciprocidad amorosa. Ella sintió de pronto que estaba libre de la presión de los brazos de Camile y que los labios de éste se apartaban de su rostro.

—María de los Angeles: yo quiero que seas mía —dijo él tras una breve pausa.— Yo tengo hambre de tí, de tu amor. Quisiera sacarte de este mundo sórdido en que vives, darte mi nombre y una vida digna de tu candor y tu belleza. Hay algo que me impide hacerte mi esposa. Pero no quiero, no me atrevo renunciar a tí.

Ella guardó silencio. Jamás, en las largas horas que había dedicado a pensar en el francés se le pasó por la mente la posibilidad de que él se uniera a ella en matrimonio. Tampoco había considerado conscientemente ser su amante, pero sabía con certeza que ella no podría resistírsele cuando estuviera a solas con él. Para ella Camile era como un sueño maravilloso, algo completamente fuera del mundo de su realidad. Ahora que había sentido sus caricias, comprendía que acababa de revelarse en ella un sentimiento hasta entonces soterrado en su mundo de trabajo, sórdido: el de la especie.

Instintivamente María de los Angeles tomó en sus manos las del francés, más suaves que las suyas endurecidas en el diario trajín del mesón.

—¡Señor Rostand! ¡Qué feliz me ha hecho usted!

—No, María de los Angeles, no me trates de usted—, protestó. —Estoy seguro de que si se nos pudiera medir en lo que valemos tú y yo, el balance te sería favorable. No aspiro a que me quieras como si yo fuera un ser superior, sólo porque vengo de Europa. Tu candor, tu pureza y hasta el peso de tus desgracias valen más que todo lo que yo poseo. Tratémonos de igual a igual y en ello yo salgo ganando.

Mas, ¿qué le importaba a María de los Angeles todo lo que le decía el francés? Lo que la arrobaba era sentir su voz acariciadora, saberlo cerca de ella, mirándola con sus ojos que ella veía azules y llenos de dulzura.

—Hay que llevar adelante lo que esta noche hemos comenzado, María de los Angeles —dijo él tras un silencio de minutos.— Yo asumiré la responsabilidad de tí. No quiero que continúes en ese negocio que te pone en contacto con gentes que te ensucian con sus pensamientos. Tengo toda esta noche para pensar. Mañana te diré lo que debemos hacer.

Camile Rostand cubrió de besos las manos de la joven y una vez que ésta hubo franqueado las puertas de la familia Salazar, se metió en las tinieblas, camino del sector francés.

Capítulo VI

PLENITUD

Para Camile Rostand el encuentro con María de los Angeles no significó una ocasión de saciar urgentes deseos carnales. Tenía suficiente mundo para encontrar satisfacciones animales inmediatas. Desde su arribo al Istmo se había mantenido alejado de las mujeres porque le repugnaban las que hacían negocio de su cuerpo en los lupanares de Aspinwall, saturados de aventureras de distintas procedencias que habían invadido la plaza en busca de lucro. La dedicación a su trabajo, por otra parte, no le dejaba espacio para buscar compañía femenina más escogida.

La muchacha centroamericana lo atraía, no tan sólo por sus encantos físicos, sino por la pureza que emanaba de ella. Poseerla ocasionalmente y abandonarla luego le parecía, a más de villanía, torpeza impropia de un hombre de su clase. Quería hacerla su compañera por todo el tiempo que le fuera dable. Los trabajos del Canal estaban todavía muy lejos de su cabo. Tenía por delante largos años de labores con generosa remuneración. Después..... ¿para qué anticiparse? El sabía que la vida daba adecuadas soluciones a la trayectoria del hombre.

Una mala experiencia en su patria, el amor y el matrimonio con una mujer a quien sorprendió en infidelidad, era ya apenas un recuerdo indoloro. Sólo que, indiferente a los convencionalismos, no se preocupó por deshacer legalmente el vínculo. Limitóse a alejarse de ella y a seguir su camino sin mayor preocupación.

Al dejar en su casa a María de los Angeles se encaminó al apartamiento que ocupaba en el sector francés de la ciudad, mientras su cerebro buscaba la forma de llevar a la muchacha a su lado y libertarla de su negocio impropio de sus años y de su innata delicadeza. Disponía de suficientes recursos para tomar una casita aislada y acondicionarla para instalar en ella a la joven. Tenía que hablar de ello a Pedro Prestán, quien era propietario de varias casas. Prestán podría ayudarle. Además, no le parecía bien llevarse a María de los Angeles con la ignorancia de quien había ejercido protección sobre ella y lo había introducido a su conocimiento. Se hizo el propósito de buscar al día siguiente temprano al

inquieto abogado. No hacía mucho había salido de la cárcel, absuelto de un sonado caso de homicidio después de haber probado que mató en defensa propia. ¡Ah, Prestán! —pensó el francés.— Siempre andaba metido en conspiraciones y en líos. ¡Lástima que la pasión política nublara una inteligencia tan clara y endureciera un corazón capaz de los más nobles impulsos!

El estado de ánimo de María de los Angeles cuando quedó sola después de su escena amorosa con Rostand, era diferente al de éste. Jamás había sentido amor, ni siquiera la menor atracción por hombre alguno. Los que se le habían insinuado le eran tan repugnantes, que llegó a pensar en el amor como en una cosa inasible que jamás entraría en sus experiencias. Ahora le parecía distinto. Se sentía amada por un hombre superior, de una exquisitez ajena al ambiente que la había rodeado en el rincón miserable de la ciudad-muladar que era entonces Colón. Sentía que el francés iba a traer un cambio benéfico en su vida. Que él la libertaría de la coyunda de un trabajo duro, sin porvenir; de la presencia de Argüello, de Cadavid y de muchos otros que esperaban hacer de ella fácil presa. Sabía que nada podría negarle a aquel hombre extraño y maravilloso que solía decir dulces palabras y prodigar suaves e irresistibles caricias.

El sueño tardó horas en posarse sobre sus párpados. Pero su insomnio era bien distinto al que se apoderaba de ella cuando la obsesionaba el peligro de las intrigas de Joselito o el recuerdo de los ojos lúbricos de Cadavid. Su desvelo era inquieto y arrobador, lleno de anticipaciones subconscientes.

Despertóse a los toques de las musicales campanas del templo protestante que se levantaba no muy lejos de la casa de las Salazar y sintió el deseo de ir a la iglesia católica, la del culto de sus padres que no frecuentaba desde hacía tiempos, no por abandono de su credo sino porque los domingos el mucho cansancio la obligaba a permanecer en cama hasta tarde. Impulsada por tal deseo, se arregló para asistir a misa.

No sentía remordimiento por estar resuelta a unirse al francés sin el vínculo matrimonial. Dios sabía, pensaba ella, que su amor era puro y que renunciar a él sólo por la circunstancia de que el matrimonio fuera imposible, era absurdo.

De regreso a casa, se sorprendió al ver cerca de la puerta a Camile Rostand. Este se le acercó gentilmente.

—Ven conmigo, María de los Angeles —le dijo.— Demos un paseo por la orilla del mar. No te importe lo que digan o piensen los que te vean conmigo. Muy en breve todos sabrán que eres mi mujer.

El francés tomó a la joven del brazo y la condujo hacia la playa, donde unos cocoteros abanicaban el rostro cálido de la mañana.

—María de los Angeles —le dijo mientras andaban— mucho realza la ropa negra el color de tu piel, pero creo que la vida que vas a comenzar conmigo, de amor y felicidad, exige que cubras tu cuerpo de trajes más alegres. Mañana mismo te llevaré a que compres nuevas ropas, un bonito sombrero, una sombrilla parisina, en fin, cuanto se requiera para darle a tu belleza todo el realce que se merece.

—Sí, es verdad —convino ella.— Ya hace varios años de la muerte de mis padres, pero no me había quitado el luto porque nada asomaba en mi vida que justificara usar ropas de color. Ahora ha venido usted...

—Tú, —interrumpió el francés.— No sentiré que me amas mientras no rompas ese insufrible tratamiento.

—Tú, pues —dijo élla riente.— Tú, que has venido a dar a mi vida un cambio tan grato.

—Escucha bien, María de los Angeles —advirtió el francés.— Mañana mismo vendes tu negocio de **La Antigua.** Tú no puedes ocuparte de esos menesteres ni yo tampoco. Pero yo sé quién puede arreglar eso. No sería difícil porque Colón está lleno de chinos ansiosos de abrir mesones y... pero todo esto me parece muy sórdido. Lo que interesa es que te deshagas de ese negocio a cualquier precio y aun regalado si no hay quien compre. Yo veré hoy mismo a Prestán, si es que se encuentra aquí, y él se encargará de todo. Además, él nos conseguirá casa. No te sonrojes. Hay que pensar en todo lo que nos conduzca a la culminación de nuestra felicidad.

Los jóvenes se sentaron en la grama a contemplar la inquieta bahía, donde se bamboleaban algunas unidades de guerra norteamericanas, numerosos barcos de vela de todos los tamaños y unos grises paquebotes europeos.

Emprendieron el camino de regreso, indiferentes a las miradas de los curiosos.

Camile condujo a la muchacha a su casa y besó al despedirse la punta de sus dedos.

—Voy en busca de Prestán —le dijo.— Me urge arreglarlo todo hoy mismo.

Capítulo

VII

EN CASA DE PRESTAN

Ocupaba Prestán una casa de madera con piso alto, sita en el sector más descuidado de la ciudad. Allí vivía con María Félix su esposa, una mujer nativa de Gorgona, de quien era muy dévoto.

Rostand lo encontró en una espaciosa y destartalada sala de la planta baja, rodeado de una veintena de individuos de muy heterogénea apariencia, mas con el denominador común de la pobreza manifiesta en sus ropas.

—Muy complacido de verlo en esta su casa —dijo en español el abogado.— ¿ A qué debo el honor de su visita ?

El visitante contestó en francés y manifestó sin rodeos que prefería hablar con él a solas. Prestán pidió a sus hombres que lo esperaran mientras él conversaba con el extranjero, a quien hizo subir a su despacho de escritorio de roble y anaqueles llenos de libros.

—Estos hombres que ahora aguardan ahí abajo —explicó— son todos de absoluta lealtad a mí. Si los juzga usted por su apariencia, acaso saque conclusiones desfavorables pero en verdad son buenos y están dispuestos a todos los sacrificios por conseguir que aquí impere la justicia y el orden que las autoridades de la altiplanicie han sido incapaces de darnos.

—Usted perdone, amigo Prestán —replicó el francés— pero no vengo a hablar de sus planes revolucionarios que respeto pero que con toda franqueza le he dicho que impruebo. Me trae algo muy personal.

—Hable usted sin reservas— pidió el abogado, imprimiendo a su fisonomía un sello austero.

—Necesito su ayuda, Prestán —comenzó el ingeniero.— He resuelto formar hogar con María de los Angeles.

—¿Querrá usted decirme que va a casarse con ella? —preguntó el revolucionario.

—A este respecto no puede haber equívocos —contestó el francés. — Usted sabe, porque yo le he hecho confidente de muchas

cosas mías, que yo no puedo casarme mientras no haya roto el vínculo que me une a la esposa que quedó en Francia. Quiero llevarme a María de los Angeles conmigo con su plena voluntad. Desde luego, no le vengo a pedir permiso a usted. Por delicadeza, ya que usted la ha protegido y fue quien me la presentó, y porque necesito su ayuda, vengo a darle cuenta de mi proyecto.

—Usted sabe cuánto lo estimo, Rostand. Usted es uno de los pocos extranjeros que han ganado mi aprecio, —dijo Prestán con voz serena —pero quiero hacerle constar que mi aversión por los blancos que muchos califican de odio, no es sino hija del resentimiento por la forma con que ustedes tratan a la gente que no es de su raza. María de los Angeles es blanca de color, pero evidentemente mestiza de español con maya. Es joven y bella y no tiene padres ni parientes en nuestro país. Yo he intervenido en su vida sólo para protegerla. Y ahora viene usted a decirme bonitamente que piensa hacer de ella su querida. ¿No es eso?.

—Pedro Prestán —respondió el francés con severidad. —Usted es un hombre inteligente y tenido con justicia por revolucionario extremo. Usted vive en rebeldía contra el orden existente. Los gólgotas colombianos le resultan retardatarios y se ha hecho radical. Aquí los que no lo quieren, le temen. Yo conozco bastante bien su biografía. Lo sé de orígenes muy modestos. De simple carretero, por el estudio y la voluntad, ha llegado a ser una figura nacional. Los gobiernos tiemblan cuando usted llama a rebeldía y los más poderosos han buscado su alianza. Y ahora, cuando yo vengo a hablarle de un problema eminentemente humano cual es el de la unión de dos jóvenes que se aman, usted me sale con argumentos convencionales y manidos. No era eso lo que esperaba de usted.

—Amigo Rostand —suavizó Prestán— no hay en mi actitud, como usted mal ha entendido, sumisión alguna a manidos convencionalismos. Si usted fuera un hombre de mi país, de mi misma extracción étnica, yo no vería daño alguno en lo que se propone hacer. Pero usted es francés, un ejemplar refinado de la cultura europea. Siente la atracción carnal de María de los Angeles y quiere tenerla para usted sin pensar en las consecuencias. ¿Qué ocurrirá cuando usted haya satisfecho su deseo en la muchacha centroamericana? Ella apenas sabe leer y escribir, lo poco que le enseñó su padre, quien no tuvo tiempo de educarla mejor. Usted sabe que la unión de dos seres, dentro o fuera de la Iglesia y la Ley, es una larga conversación. ¿Cree usted poder sostenerla con María de los Angeles, desconocedora de los valores espirituales y estéticos que lleva usted como una segunda naturaleza ?

—Ya yo he pensado largas horas en eso, amigo Prestán —aceptó el francés.— María de los Angeles es ignorante pero posee una viva inteligencia. Su juventud y capacidad mental permiten esperar

mucho de ella. Yo me propongo convertirla en una dama culta. Pero vamos a razonar un poco más. María de los Angeles me ama. Sé que soy su primer amor y el único hombre de los que la han cortejado por quien no siente repugnancia. Suponga usted que yo aprovechara la voluntad que me tiene y que anula totalmente la suya, para seducirla. ¿Qué sería de ella? O contemple usted otra alternativa: que yo, por escrúpulos de caballero no la vea de nuevo. Ella seguirá asediada por pretendientes, todos del ambiente inferior que la rodea. Esclavizada a un trabajo que agota y mediocriza, o se marchitará en él sin gozar la vida o se entregará a un amante menos escrupuloso que yo o, lo que es peor y no me tome por cínico, se lo ruego, se casará con un hombre inferior que hará de ella una esclava. No creo que haya más alternativas en este muladar físico y moral que es esta ciudad.

—Sin duda hay miga en cuanto usted dice —convino Prestán con rostro sonriente.— En verdad, nada como los franceses para llegar a donde quieren por el camino de la más convincente lógica. Y ahora, ¿cuál es mi papel en esta unión libre que usted se propone perfeccionar con mi joven amiga ?

—Es muy sencillo para usted— explicó Rostand. —Yo quiero, antes que todo, que María de los Angeles se deshaga de **La Antigua**. No me interesa el dinero que de la venta se saque. Puede quedar por la molestia de la gestión. Usted sabe que si de algo estoy yo apurado no es de dinero.

—Aquí sobran chinos moñones ansiosos de abandonar sus trabajos en la excavación para establecerse en esa clase de negocios, —dijo Prestán. —Yo tengo el hombre para este asunto y se arreglará mañana mismo. Las escrituras serán firmadas por nuestra amiga sin que tenga ella que sufrir ninguna otra molestia. ¿Eso es todo?.

—No!. Eso no es todo, —dijo el francés.— Necesitamos un hogar. Usted tiene tres o cuatro casas en Colón y si en ninguna de ellas puede darnos acomodo, le sobran a usted relaciones que le hagan fácil complacerme. Ruégole, sí, que me arregle ésto a la mayor brevedad posible.

—Yo no soy hombre que demora el cumplimiento de sus proyectos, sea para servir a un amigo o a una causa, sea para levantarme contra un régimen opresivo. Usted dice que conoce bastante de mi biografía y me lo ha probado en su discurso. Quede tranquilo, que todo será arreglado con prontitud.

—Le anticipo las gracias y cuente con mi eterna gratitud —cumplimentó el francés.

Pedro Prestán soltó una sarcástica carcajada.

—¿Qué es lo que le ha hecho gracia? —preguntó su visitante.

—No haga caso. He reído al pensar que yo, Pedro Prestán, el mulato resentido de los blancos, el que encamina todas sus luchas hacia la dignificación de los mestizos de mi América, me encuentre ahora comprometido en la empresa de favorecer la unión extralegal de un europeo con una muchacha indoamericana a quien hasta ahora había logrado proteger de los asedios de un Joselito Argüello y de otros paisanos míos. ¿Qué pensarían de mí mis seguidores y qué no dirían de mí mis muchos y poderosos enemigos si lo supieran?

—Yo no lo sé —dijo sonriente el francés— pero le aseguro que jamás le daré motivo para arrepentirse de su ayuda.

Prestán acompañó al ingeniero hasta la puerta para reintegrarse en seguida al grupo pintoresco que lo aguardaba.

Capítulo

VIII

PRESTAN SE PREPARA

La hidra revolucionaria irguió cabezas en varios estados de Colombia a fines de 1884 y principios de 1885. Rafael Núñez había fracasado en sus tentativas de unificar el Partido Liberal. Los liberales desconfiaban de ciertas maniobras del taciturno político y éste terminó buscando apoyo en los conservadores y declarando la inexistencia de la Constitución de Río Negro.

Pero la guerra civil, prendida ya en Boyacá, donde se había pronunciado el general Daniel Hernández, y en Cundinamarca, Bolívar, Atlántico, Antioquia, Tolima y el Cauca, no parecía encontrar clima propicio en el Istmo.

El primero de enero de 1885 se reunía en Panamá una Convención Constituyente que tenía por misión principal declarar nulas las elecciones que, bajo la presión del doctor Dámaso Cervera, habían dado el triunfo a la candidatura de don Juan Manuel Lambert sobre la más popular del doctor Pablo Arosemena. La imposición fue improbada por Núñez. Reunida la Constituyente, ésta escogió casi por unanimidad como presidente del Estado al general Ramón Santodomingo Vila, quien se posesionó el 7 de enero. Todo indicaba que esta vez el Istmo iba a ser zona neutral en la contienda.

El gobierno central ordenó al general Santodomingo Vila que marchara a proteger a Cartagena, asediada por el general Gaitán. Aquel obedeció y frente a los destinos istmeños quedó el liberal Pablo Arosemena, cuya política de moderación poco o nada sirvió para conservar el orden y la paz.

La revolución contra Rafael Núñez, pujante en casi toda Colombia, contaba con muchos y muy decididos simpatizadores en Panamá. Eran hombres radicales que no perdonaban a Núñez su vio-

María de los Angeles se sentía tranquila y feliz con Camile Rostand. El tiempo pasado a su lado había operado en ella una halagüeña transformación. Aprendió a vestir con elegancia, a usar perfumes, a lucir modales mesurados y cultivó su inteligencia con la buena conversación y la lectura.

Prestán, escoltado por cuatro hombres armados de machetes, se presentó apenas entrada la noche a casa de María de los Angeles. Camile Rostand, quien en ese momento tenía en los brazos a su hijo, se mostró sorprendido al ver a su visitante con tan extraña guardia. Repuesto de su sorpresa, lo invitó a entrar, lo cual hizo Prestán dejando a la puerta a sus cuatro hombres. El ingeniero entregó el niño a la madre. Esta dio las buenas noches al compadre cariñosamente y se llevó el hijo al cuarto.

—Le extrañará mi visita, compadre —comenzó Prestán— pero ha llegado el momento en que yo lo necesito y no he dudado en tocar a sus puertas porque tengo razones para considerarlo mi amigo.

—Yo nunca olvido los servicios recibidos —contestó el francés— y en cuanto pueda servirle en lo personal, estoy a su mandar.

—Personal es lo que vengo a pedirle, compadre —aseguró Prestán con leve sonrisa. —Yo estoy en estos momentos metido en la aventura más peligrosa de mi vida. Me estoy jugando el todo por el todo. Mis posibilidades de triunfo son remotas. De frente tengo al gobierno, a todas las poderosas empresas extranjeras que sólo velan por su lucro sin importarles un ardite con que Núñez burle nuestras instituciones democráticas y tengo también de frente al gobierno de los Estados Unidos, a quien premune un tratado para garantizar la paz y la tranquilidad en Colón y en toda la Línea. Siento que la tragedia aletea sobre mí. Casi todas las posibilidades están en mi contra, mas no temo por mi seguridad personal. Lo que me preocupa es mi mujer y mi hija. No he podido lograr sacar a María Félix de Colón. Como una espartana, quiere participar de mis dificultades. Yo vengo a pedirle, Camile Rostand, que vele por ellas. Que cuando yo esté acorralado, incapaz de atenderlas, usted me las saque a lugar seguro. Eso es todo.

—Mi estimado compadre —contestó el francés— descanse usted en la seguridad de que cuanto yo pueda hacer por su mujer y su hija, lo haré con sumo gusto. Yo creo que todavía no es tarde para que usted, a través de Aizpuru, busque una fórmula de transacción con el gobierno. Aizpuru, usted lo conoce, no pelea causa perdida y hasta ahora ha sido un maestro en eso de buscar arreglos. Pero no quiero que usted tome este consejo como deseo mío de esquivar la misión que me pide que asuma. María Félix y América serán protegidas por mí, pase lo que pase.

—Nada menos que eso esperaba yo de un caballero francés. Y ahora, permítame que le dé yo a mi vez un consejo que ojalá usted

siga, por más que yo, por motivos que no pueden siquiera discutirse, no siga el suyo. Saque de esta casa a María de Los Angeles y a mi ahijado. Lléveselos a Cristóbal, donde tendrán la protección francesa. Aquí, en este sector, no habrá garantías ni seguridad para nadie tan pronto comience la batalla, porque aquí vamos a vencer o a morir.

—Ya yo había pensado en eso, caro amigo —replicó el francés—. —No creo que en mis superiores encontraré objeción alguna a poner a María de los Angeles y a mi hijo bajo la seguridad de la Compañía. Usted bien sabe que los franceses no tenemos entre nuestros defectos ser puritanos.

Prestán estrechó con sus dos manos la derecha de Camile Rostand y se volvió a sus hombres, camino de su cuartel.

Capítulo

IX

LOS BALUARTES DE PRESTAN.

La ciudad de Colón, levantada sobre la isla de Manzanillo, era plana como un tablero de ajedrez. No había una sola hondanada, una zanja, ni la menor protuberancia que sirviera de defensa natural. De ahí que Prestán se preparara a formar trincheras desde donde sus hombres pudieran oponerse a las fuerzas del gobierno que venían a desalojarlo.

De Portobelo hizo traer el revolucionario tres cañones herrumbrosos, dormidos desde los días heroicos de la colonia sobre las cureñas de los castillos. Con aquellos cañones que habían olvidado disparar y dos centenares de hombres de mucho coraje, pero armados tan sólo de machetes, revólveres y tercerolas tomados al comercio de la plaza, se proponía el audaz revolucionario oponerse a las aguerridas y disciplinadas tropas del Gobierno que se preparaban, bien armadas, a marchar en tren hasta Mindí, a pocas millas de la ciudad, para avanzar luego hacia la nada fuerte fortaleza.

Para remediar tantas limitaciones, Prestán creía contar con el armamento que, en el barco **Colón,** le venía de los Estados Unidos. Conseguir esas armas era para el abogado radical cuestión de vida o muerte.

Cuando el agente de la compañía de vapores a que pertenecía el **Colón,** el capitán John M. Dow, en cumplimiento de órdenes recibidas del general Gónima desde Panamá, se negó a entregar el armamento a Prestán, éste no dudó un segundo en hacerlo arrestar por cuatro de sus hombres, juntamente con otro empleado de la misma empresa, el cónsul de los Estados Unidos y dos oficiales del buque de guerra norteamericano **Galena.** Evidentemente su propósito era mantenerlos a manera de rehenes mientras las armas no le fueran entregadas. Para reforzar tal medida, Prestán ofreció disparar contra los hombres de los barcos de guerra norteamericanos que trataran de desembarcar.

Sus palabras para el comandante estadounidense fueron terminantes.

—Cualquier agresión por parte de los barcos norteamericanos contra nosotros pondrá en peligro las vidas, no sólo de los rehenes, sino las de todos los conciudadanos de usted residentes en Colón.

Quizás no estaba en el ánimo del revolucionario cumplir tan terrible amenaza. Oportunidades tuvo de fusilar a los rehenes cuando, después de haberles dado libertad, los apresó de nuevo porque el capitán del **Galena** insistió en no entregar las armas que había traído el **Colón,** lo que sin duda venía a crear una situación desesperada para Prestán y los suyos. El sabía que la resistencia, con las escasas armas de que disponía, era empresa inútil y aun suicida.

—Yo he querido probarles a estos señores —explicó a los que formaban su estado mayor,— que su nacionalidad y su raza no los ponen a cubierto de mi autoridad revolucionaria. Sé que por primera vez en la historia de América un mulato se ha atrevido a poner sus manos sobre ciudadanos blancos de los Estados Unidos y ello me llena de orgullo porque he reivindicado con mi acto la dignidad del negro, ultrajado por el blanco a través de muchos siglos.

Para prevenir a los habitantes de los terribles momentos que se avecinaban para la ciudad, Prestán lanzó la siguiente proclama, que fue impresa y leída por bando:
"Connacionales y extranjeros:

"Mi mejor deseo en todo caso es evitar efusión de sangre entre hermanos; pero si desgraciadamente se me obliga a combatir, para ello estoy resuelto con los valientes voluntarios que me acompañan; y para el caso de un conflicto, conjuro finalmente a los que puedan temer algo, a la pronta evacuación de esta plaza que puede ser teatro de combates más o menos sangrientos.

¡Conciudadanos todos! ¡Confiemos en la victoria!.

"Cuartel General en Colón, a 18 de marzo de 1885.

"P. Prestán".

No pocos fueron los que, ante tan clara advertencia, abandonaron la ciudad para buscar protección en los pueblos de La Línea y en Portobelo. Pero los más se quedaron. Tenían la esperanza de que surgiera una forma de arreglo que impidiera la acción bélica. Prestán tenía propiedades en Colón. Su mujer y su hija, a quienes adoraba, vivían en el corazón de la ciudad. Además, él había sido amigo y seguidor de Rafael Núñez. Fue prefecto de Colón y hasta representó a la provincia en una asamblea del Estado de Panamá. Antes que como guerrero, se le conocía como hombre de parlamento. Además, la defensa de Colón con los limitados elementos con que contaba y sin las armas que esperaba recibir, era empresa de locos. Prestán llegaría a acordar una capitulación honrosa, pensaban los más.

El jefe insurgente estaba inquieto, pero aparentaba absoluta serenidad. Tenía el abogado radical la virtud del dominio de sí mismo en los momentos difíciles. De ahí que, en vez de fusilar a los dos norteamericanos en su poder, lo que consideraba un acto cruento que en nada mejoraba su posición, los hiciera trasladar a **Monkey Hill,** otero inmediato a Colón donde él se había hecho fuerte para interceptar el forzado paso de las tropas que vendrían de Panamá.

Gónima tenía completo *conocimiento* de la situación de su adversario. Sabía que éste no podría resistir un ataque formal, por lo que creyó con acierto que bastaba el envío de ciento sesenta hombres bien armados para hacer caer los baluartes de Prestán como castillos de naipes. Despachó, pues, *ese número* de tropas al mando del coronel Ramón Ulloa y del comandante Santiago Blum el día 30 de marzo. Un tren los transportó a Mindí, estación distante pocas millas de la ciudad atlántica, para proceder en la madrugada del día siguiente a atacar a **Monkey Hill.** *No fueron* sorprendidos los revolucionarios por el ataque, el que esperaban con precisión. Pero sus revólveres y escopetas no pudieron oponerse a las armas modernas que traían las tropas del gobierno.

Las descargas cerradas de los atacantes pusieron pronto en retirada a los defensores de Monkey Hill. El capitán Dow y su compañero aprovecharon la confusión que en los revolucionarios produjo el severo impacto de los hombres de Ulloa y Brun, para emprender la fuga hacia Colón sin más consecuencias que el temor a ser alcanza-

corrían a buscar refugio en Cristóbal, o se precipitaban irreflexivamente hacia el sur, perseguidos por el fuego.

Alguien lanzó un grito acusador, que circuló entre las multitudes aterrorizadas:

—¡Prestán, al verse perdido, ha incendiado la ciudad!

Veinticuatro horas duró el incendio. No había elementos con qué combatirlo. Ni agua, ni bomberos, ni organización alguna para volar las manzanas y localizar el siniestro.

Ya declinaba la tarde cuando Pedro Prestán, convencido de su derrota, buscó salida por el mar. Sesenta y dos hombres lo acompañaban. Con ellos abordó varios cayucos que había en la orilla de la bahía, para tomar rumbo a Portobelo. Las aguas agitadas por el viento del septentrión eran más seguras para él que la cólera de sus enemigos, llevada a su máximo por la especie de que él, Prestán, había incendiado la ciudad.

Cuando el revolucionario derrotado se embarcaba en uno de los cayucos, dos norteamericanos: el cónsul Wright y el teniente de marina Dozen, lo vieron desde una distancia al alcance de tiro de rifle. También lo vió el teniente Jud, que encabezaba un destacamento que haba desembarcado como interventor.

A una orden del Teniente Jud los fusileros prepararon sus armas y ya se disponía el oficial a dar la orden de fuego, cuando sintió una mano que se le posaba sobre su hombro derecho y oyó unas palabras pronunciadas en inglés con acento galo:

—¡No haga eso, por Dios! Ese hombre es un fugitivo. Está indefenso y en extrema desgracia. Dispararle es un asesinato.

El teniente Jud volvió el rostro a la voz. No conocía al hombre que le había congelado en los labios la orden de fuego. Pero impresionado por las palabras serenas del extraño, calló la orden fatal.

—¿De quién tengo el honor de recibir órdenes? —preguntó el norteamericano con manifiesta ironía.

—No ha sido orden sino súplica —contestó el intruso.— Yo soy su servidor Camile Rostand, ingeniero de la Compañía Francesa del Canal.

Capítulo

X

LA FUGA

Eran insuficientes los cayucos de que disponía Prestán para embarcarse con los sesenta y dos compañeros de armas que con él emprendieron la fuga la tarde del 31 de marzo, pero apretujados con extrema estrechez en ellos se instalaron todos. El jefe rebelde fue el último en embarcar, lo cual hizo cuando se aseguró de que ningún hombre quedaba en tierra.

Los canaletes comenzaron a romper el espejo del mar, enrojecido por los reflejos del ocaso y de las llamas que se alzaban regocijadas sobre la ciudad.

—Vamos directamente a Portobelo, muchachos —ordenó Prestán. —De allí marcharemos a unirnos a las fuerzas del general Gaitán Obeso, quien se ha hecho fuerte en el Cerro de la Popa. Hemos perdido la batalla de la ciudad de Colón, mas no el movimiento revolucionario contra el dictador Núñez.

Prestán y sus hombres comenzaron pronto a sentir el cansancio de las largas jornadas de brega. Habían sufrido varios días de insomnio y ayuno casi absolutos.

Dispuso el jefe rebelde que los canaletes con que contaban para impulsar los cayucos fueran usados por turno. Los hombres, para descansar, se reclinaban unos en otros, de espaldas.

Al amanecer del primero de abril, después de una noche de angustia, esperando ser sorprendidos de un momento a otro por alguno de los barcos norteamericanos convertidos en sus perseguidores, buscaron asilo y comida en la playa. Allí saciaron la sed y el hambre con abundantes cocos.

Entre los compañeros de Prestán había costeños que conocían palmo a palmo todo el litoral de la llamada Costa de Oro. A su pericia confió el revolucionario la conducción de las piraguas hasta Portobelo. Descansando horas del día en la playa y remando tenazmente la tarde y la noche, el dos de abril los fugitivos entraron en la tranquila y protectora bahía de Portobelo.

En el corazón del revolucionario de vida azarosa y atormentada no había muerto la fe católica recibida de su madre. De ahí que,

una vez en Portobelo, se apresurara a solicitar al reverendo padre párroco Genaro Ayarza, de raizal familia portobeleña y viejo amigo suyo, que celebra el día siguiente una misa solemne, a la que asistió él con sus hombres.

Dos días después de su arribo a la antigua ciudad de las ferias, Prestán se embarcó con sus hombres en dos balandras y un buque que se encontraban surtos en la bahía y de los cuales se incautó en nombre del sagrado derecho de vida. Previamente surtió sus barcos con los comestibles que encontró en el pequeño comercio de ultramarinos y con cuanta verdura consiguió en las sementeras inmediatas al poblado y bien provisto también de agua, dirigió su pequeña escuadra hacia el campamento del general Gaitán Obeso.

En la madrugada del 18 de abril fondeaban las tres embarcaciones de Prestán en la bahía de Barú.

—Muchachos —dijo el jefe a sus hombres— esperemos que amanezca para desembarcar, pues en la oscuridad los hombres del general Gaitán pueden confundirnos con el enemigo y disparar sobre nosotros.

Tan pronto hubo suficiente visibilidad, Prestán y sus seguidores desembarcaron. Una vez puestos en formación y llevando a la cabeza una bandera roja, los rebeldes avanzaron hacia el campamento del Cerro de la Popa.

Un centinela dió la voz convencional:

—¡Alto!, ¿Quién vive?

—Soldados de la causa revolucionaria —contestó el insurgente.

—Ruégole que me anuncie inmediatamente al general Gaitán Obeso. Soy Prestán y él me conoce.

El centinela, desconfiado aún, llamó a grandes voces para que acudieran a él otras unidades de su bandería. A poco aparecieron varios hombres armados y prestos a disparar. Prestán parlamentó con el que parecía ser jefe del grupo.

—Esténse quietos aquí —dijo el oficial— mientras yo aviso a mi general.

Con cálido entusiasmo recibió en su campamento el general Gaitán a Prestán y sus hombres, una vez fue enterado de su presencia. Ordenó que prepararan desayuno para todos e invitó al derrotado de Colón a la ranchería que él había hecho construir a manera de cuartel general.

Prestán refirió a Obeso su frustrada aventura.

—Todo ha estado contra mí —concluyó— Otra cosa habría ocurrido de haber recibido yo el armamento del **Colón**... Más que los hombres de Gónima, me derrotaron los norteamericanos. Pero la

revolución no está perdida y aquí me tiene usted a su mandar para llevarla adelante.

—Es lamentable —comentó Gaitán— que la ciudad de Colón haya sido destruída por el fuego. Sin duda le achacarán la caástrofe a usted y a sus hombres.

—No le quepa la menor duda —aceptó Prestán—. A mi salida, ya mis enemigos, entre los que cuentan numerosos extranjeros, habían regado la especie, del todo falsa, de que yo hice incendiar a Colón al verme derrotado. Tropas norteamericanas, premunidas por convenio que permite a los Estados Unidos mantener el orden a lo largo de La Línea, desembarcaron en la ciudad creando así un precedente que ha de tener hondas repercusiones en el futuro de la República.

Al abrigo de la persecución de sus enemigos creía encontrarse Prestán cuando llegaron, pocos días después de su arribo al campamento de Cerro de la Popa, unos emisarios enviados desde Cartagena por los generales revolucionarios Foción Soto y Daniel Hernández y por el doctor Felipe Pérez, este último de Barranquilla, para solicitarle al general Gaitán Obeso que no protegiera a Prestán, pues ello significaría complicar la causa revolucionaria con el incendio de Colón y concitaría contra ella la acción bélica de los Estados Unidos.

Dudaba Gaitán si aceptar la petición de sus distinguidos copartidarios, cuando un nuevo factor vino a inclinar su voluntad contra el refugiado. El 21 de abril fondeó en la bahía de Cartagena la fragata estadounidense "Powhatan", la que venía en persecución de Prestán y sus hombres. Allí se enteró el comandante Beardalay, a cuyo mando venía el barco guerrero, del paradero de su perseguido, por lo que se apresuró a enviarle un despacho escrito al general Gaitán Obeso en el que le pedía, como un "amistoso servicio" a los Estados Unidos, la entrega de Prestán y sus hombres. Acusaba el oficial de marina norteamericano a su perseguido de haberle inferido "gran insulto" a su gobierno y terminaba diciendo sin mayores ni menores eufemismos, que de no ser entregado el rebelde, la estricta neutralidad de su país, que ya había sufrido quebranto a causa de Prestán, no podría continuar.

Fue aquel un trago amargo para el general Gaitán Obeso. Seguir protegiendo a Prestán era atraer sobre la revolución la acción armada norteamericana.

Así se lo habían manifestado los jefes revolucionarios de Cartagena y Barranquilla. Resolvió, pues, presentarle a su refugiado el asunto, para lo cual se encerró con él a solas en su rancho.

—Amigo Prestán entérese de estos documentos— dijo, alargándole las notas que habían recibido de los generales Hernández y Soto, del doctor Felipe Pérez y del Comandante Beardalay.

Prestán, con frente fruncida, leyó todas las comunicaciones y las devolvió al general Obeso mientras decía:

—Comprendo, mi general, que por causa mía no debe usted comprometer la suerte de la revolución, aunque entiendo claramente que Washington está contra nosotros y que mi entrega no lo hará cambiar. No he de abogar siquiera por que usted me mantenga bajo su protección. Estoy a sus órdenes y puede usted tomar las medidas para mi entrega.

—No. No es tal mi propósito —replicó Gaitán Obeso.— De ninguna manera he de ser yo quien lo entregue. Es usted quien debe ir al encuentro de sus perseguidores. Le hacen a usted el cargo de haber incendiado a Colón y no podrán condenarlo sin celebrarle juicio. Usted se va a presentar con su conciencia limpia a desvanecer la terrible acusación.

—Está bien, mi general —dijo a poco Prestán. —Yo sé que no seré juzgado en justicia sino en rencor, pero estoy presto a presentarme ante quienes han de ser mis verdugos, no mis jueces. Sólo una cosa le pido: que desobedezca la petición que le han hecho en esas notas en lo que se refiere a los hombres que me siguieron hasta aquí. Mis perseguidores no insistirán en su entrega una vez que me tengan en su poder.

Apenas con un puñado de sus hombres Prestán abandonó casi inmediatamente el campamento de Gaitán. Días después llegó a Cartagena donde los jefes revolucionarios, temerosos de la cólera yanqui, lo obligaron a seguir adelante. Se refugió en Barranquilla el 9 de mayo, de donde salió a instancias del general Camargo.

¡Prestán llevaba la lepra del odio de Washington!

Penetró entonces en el Estado del Magdalena, y al tocar a un pequeño puerto fue apresado por unos voluntarios conservadores, quienes lo llevaron encadenado a Barranquilla. Allí pasó una semana prisionero y luego por orden del general Antolines fue embarcado bajo custodia en el buque inglés **"Bee"**.

El 11 de agosto, arrastrando cadenas, Prestán hacía su entrada en la ciudad en ruinas.

El rebelde fumaba un habano. Su mirada serena se paseó por sobre la multitud, las ruinas y las tiendas de lona que cubrían parte de Colón.

No hubo en la multitud un sólo grito de condena ni de simpatía. El silencio fue completo, apenas alterado por el ruido de las cadenas que arrastraba el prisionero.

Lleváronlo sus aprensores a una capilla protestante, uno de los edificios que se salvaron del siniestro, convertida temporalmente en cuartel y cárcel.

El destino de Prestán parecía llevarlo de la mano hacia la muerte.

Capítulo XI

COMO UN VIEJO ROMANCE

Tan pronto Camile Rostand supo que Pedro Prestán estaba preso en la capilla protestante convertida en cárcel y cuartel, se apresuró a obtener permiso para visitarlo, lo que no le fue difícil, pues grande era el ascendiente que los de la Compañía Francesa del Canal tenían ante las autoridades colombianas.

El revolucionario se sintió gratamente sorprendido al recibir la visita del francés. Este, sin esperar ser preguntado, dijo al prisionero:

—Amigo Prestán, su recomendación ha sido cumplida al pie de la letra. Doña María Félix y América su hija, fueron llevadas por mí personalmente a mi casa de Cristóbal antes del incendio y allí se encuentran en compañía de María de los Angeles.

—Gracias, amigo Rostand. No esperaba menos de su gentileza —contestó Prestán.— ¿Y cómo están María de los Angeles y mi ahijado?

—Ambos muy bien, aunque ella muy preocupada por usted.

—He hecho algunas disposiciones testamentarias que deseo sean cumplidas al pie de la letra —dijo Prestán. —No, no trate de darme falsas esperanzas. Yo no me hago ilusiones. Sé que no seré juzgado imparcialmente. Sobre mí caerá toda la responsabilidad del incendio de Colón. Y no voy a pagar sólo por las muertes que ocasionó el siniestro, sino por los daños que las llamas produjeron en las propiedades extranjeras. La Compañía Francesa del Canal, la del Ferrocarril, la Mala Real, han perdido muelles, almacenes, carros, archivos, libros... en fin, tantas cosas.

—Pero usted puede probar que no fue quien incendió a Colón —protestó el francés.

—Yo veo mi asunto con absoluta claridad —afirmó Prestán.— Hoy es doce de agosto. Pues bien, el 6 de mayo, es decir, hace tres meses y días, fueron ahorcados aquí en Colón, tras un sumarísimo consejo de guerra y a petición de personas influyentes, sobre todo

de la colonia extranjera, dos infelices seguidores míos: Pautrizelle y George Davis, este último apodado **Cocobolo**... Se les condenó como instrumentos míos en el incendio de Colón. Es decir, que antes de haber sido yo juzgado, ya han subido al cadalso dos hombres, por el delito que a mí se me achaca. ¿Qué justicia puede haber para mí?

—Es muy distinto su caso —objetó Rostand. —Usted es hombre de prestigio político, ha figurado conspicuamente en la vida del país y sabrá defenderse.

Prestán hizo una mueca de desdén.

—Mi caso es perdido, mi querido Rostand— afirmó.— Pudo salvarme la expedición de Benjamín Ruiz, quien quiso tomarse a Colón con treinta hombres. Ruiz es tan loco como yo. Aizpuru, mi amigo y aliado, fracasó también. Gaitán Obeso me echó de su campamento, temeroso de desatar sobre sí y la revolución la cólera norteamericana. Ahora acabo de recibir la negativa del doctor Pablo Arosemena de asumir mi defensa. ¡El era mi última esperanza y me ha cerrado las puertas con frases condenatorias!

—Pero usted fue amigo y partidario de Rafael Núñez. No puede ser que él permita el sacrificio de usted por diferencias últimas —apuntó Rostand.

—Amigo Camile, amigo Camile— dijo Prestán con sonrisa amarga. —Usted no tiene idea de la clase de hombre que es Núñez. Yo fuí su seguidor y lo abandoné porque sólo encontré en él frialdad y cálculo. Usted no ha leído las poesías de Núñez, ¿verdad? Pues bien, por lo menos en dos de ellas revela él sus tenebrosidades. Figúrese que en una declara que su pecho es como el Mar Muerto, cerrado a la alegría y la vida, y en otra, que lleva título en francés "Qui sais je?", declara su estado permanente de duda. Núñez es sólo un oportunista y engañado va quien espere de él una reacción afectiva. En mi caso mire lo que ha hecho: ha ordenado que se me juzgue militarmente dentro del derecho de gentes. ¿Usted entiende eso?

¿Y quién va a defenderlo a usted?— preguntó el galo.

—Me defenderé yo mismo. Y como se que será inútil cuanto diga en mi defensa, aprovecharé la ocasión para acusar. Tengo muchas cosas que echarles en cara a mis enemigos colombianos y extranjeros.

—¿Puedo yo serle útil en algo?— inquirió el francés.

—Sí, en mucho, mi buen amigo— aceptó Prestán.— Quiero que usted se empeñe en que sean cumplidas las disposiciones que yo dejo en mi testamento. Hay una especialmente en que tengo su-

mo interés. Yo no sé si a usted le ha de parecer ridículo. A través de mi vida dura y accidentada, yo he mantenido un culto caballeresco por la mujer y muy especialmente por María Félix. Yo la arranqué de la vida tranquila y segura que llevaba en el seno de una familia sencilla de Gorgona. Debió haberse casado con un hombre bueno, sin complicaciones, que le hubiese asegurado una existencia distinta a la de sobresaltos que a mi lado ha pasado. Yo he estado recordando un romance anónimo de la literatura castellana. El francés tiene cosas similares, pero el español supera a todos los otros idiomas en esto de la poesía popular. Hablo del romance de Durandalte. Se trata de un caballero que, herido de muerte, pide a su primo que llega con oportunidad de recibir su último aliento,... pero mejor es que se lo recite:

"—¡Oh, mi primo Montecinos!
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto,
Y mi ánima arrancada,
Que llevéis mi corazón
A donde Belerma estaba,
Sacándomele del pecho
Con esta afilada daga".

—Sí amigo — continuó Prestán— yo quiero que después de mi ejecución mi corazón sea arrancado de mi pecho, como lo quiso el caballero del romance, y que sea entregado, ya embalsamado, a María Félix, mi Belerma, mi compañera y madre de mi hija, a quien he hecho desgraciada. Y a ella le pido que reivindique mi memoria. Usted perdone, amigo Rostand, mas cuando un hombre está esperando la muerte como yo y tiene consigo a un amigo como usted, parece lo más humano que abra el corazón. Yo voy a leerle la carta que le he escrito a mi mujer y que quiero que llegue a sus manos después de mi ejecución. Usted se encargará de ello, ¿verdad? Permítame que se la lea:
Mary:

Dios ha querido al fin que la desgracia me confunda. ¡Bendita sea su voluntad! Se me ha condenado a muerte ignominiosa e infame, siendo, como tú sabes inocente, pero en absoluto. Dios los perdone. Nunca, por nada de este mundo, dejes de trabajar en el sentido de que la verdad se esclarezca. En eso, Dios mediante, estriba tu felicidad y tu nombre, y la felicidad y el nombre de nuestra hija infortunada.

Yo al fin voy a descansar del mundo con la conciencia serena y tranquila. ¡Pobre de tí que quedas en él sin amparo ninguno!

Dios te ampare y te bendiga. Tú eres buena, eres desgraciada y Dios no te olvidará. Cuida y educa a nuestra hija, no solamente en lo intelectual sino en lo moral.

Sigue siendo virtuosa para que Dios te bendiga. No desampares a mi pobre madre; cuídamela hasta que se abra para ella el sepulcro, que creo será muy pronto; a Trinidad tenla como hija y procura cortarle el mal camino, que así puede ser menos desgraciada que tú. No abandones a mis desgraciados hermanos; si te lo permiten, hazte cargo de mi cadáver y procura sacar mis restos, los que depositarás en la iglesia de Panamá o de Cartagena, con esta inscripción: "Pedro Prestán murió el... de Agosto de 1885".

Lo que es el corazón, es tuyo, ve que me lo saquen y consérvalo para que vaya junto contigo a la tumba, cuando Dios quiera llevarte a su seno.

Creo que Dios me dará valor para morir perdonando a los que me sacrifican; perdónalos tú también. En fin, alma de mi alma, adiós; corazón de mi corazón, acuérdate de mí y sé buena para que podamos vernos allá, en el cielo.

Recibe, hija mía, mi bendición de esposo y no olvides mi memoria. Mil besos de despedida eterna a Felipa, a Eulogia y a todas.

Adiós. Tuyo hasta la tumba...

La voz de Prestán pareció quebrarse al dar término a la lectura de la carta.

—Sólo falta precisar la fecha — dijo.— Sé que habrá prisa en condenarme y ejecutarme. Ya usted verá.

El francés sentía que la emoción le anudaba la garganta. La carta que Prestán le acababa de leer le pareció el documento más doloroso que jamás había oído. Ella encerraba el alma grande y atormentada de ese hombrecito de apariencia insignificante, cuyas facciones camíticas se acusaban más bajo el peso de la desgracia, de ese Ayax mulato que había atraído sobre su cabeza el odio del Olimpo moderno, donde Mercurio quitó el mando supremo a Júpiter.

La visita había sido larga y Camile Rostand sintió que era la hora de suspenderla.

Prestán, en mangas de camisa, suspendidos los pantalones por negros tirantes, parecía tan poca cosa, que no era fácil asociar su figura a la aplastante tragedia que estaba viviendo.

Capítulo

XII

PRESTAN ANTE SUS JUECES

El tribunal militar que dentro del "derecho de gentes" había de juzgar por incendiarismo a Pedro Prestán se instaló a las tres de la tarde del 17 de agosto de 1885 en una barraca improvisada.

Solemnemente ocuparon sus sillas los juzgadores, entre los que contaban enemigos políticos y personales del reo. Presidía el Consejo Ramón Ulloa, Comandante General de la Brigada Panamá y lo integraban además José C. de Obaldía, Comandante de la cañonera nacional **Boyacá** y Comandante General de las Milicias del Estado; Manuel Ospina, coronel jefe del Estado Mayor de la Brigada **Panamá**; Santiago Brun, Jefe Militar del Departamento de Colón; Carlos Vélez N., Teniente Coronel, Jefe del Batallón 4o. de Reservas de Cali; Pedro Nel Ospina, Auditor de Guerra ad-hoc, coronel en comisión del Gobierno Nacional, enviado especialmente por Rafael Núñez para cancelar el caso de Prestán y Leopoldo E. Pardo, Secretario Capitán 2o. Ayudante del Estado Mayor.

Todos los juzgadores eran militares y del bando político opuesto al de Prestán. Su acusador era el general Belisario Losada y la defensa corría a cargo del mismo acusado, ya que no había encontrado abogado que se encargara de ella.

Prestán, custodiado por dos soldados, hizo su entrada a la sala del tribunal y ocupó la silla del acusado. Vestía sus ropas habituales: pantalón gris, chaqueta oscura, cerrada apenas bajo el cuello, corbata de lazo delgada y de largos cabos.

El aspecto de Prestán inspiraba lástima. Daba la impresión de desnutrido e insomne. Sólo sus ojos parecían resplandecer, como si toda su vida se hubiese recogido en ellos.

Los testigos que ya habían hecho sus deposiciones antes de que Prestán fuera llevado ante el Tribunal Militar, se ratificaron en ellas.

El primero, Giovanni Beltrame, era italiano y comerciante. Se había establecido en Colón en enero del año anterior, 1884, y su español era deficiente. Era un hombre de mediana edad, regordote,

con largos bigotes, sobresaliente papada y visible deseo de notoriedad. En español macarrónico dijo que él "sabía que Prestán amenazó con incendiar la ciudad de Colón si era derrotado, y que en el momento de su derrota dijo a sus compañeros: "estamos perdidos, cumplamos lo que tenemos prometido"; que inmediatamente comenzó el fuego de la ciudad, el cual se procuró por medio de petróleo que de antemano estaba preparado en torno de algunos edificios y al que vió prender por medio de una mecha; que toda la gente que acompañaba a Prestán y prendió la ciudad, obedecía a Prestán y nada hacía sino por orden suya".

Nadie preguntó a Beltrame cómo sabía él que se preparaba el incendio de Colón "de antemano", ni qué hizo por evitarlo, como tampoco a qué persona vió prender una mecha, ni si había oído él personalmente la amenaza de Prestán de prender la ciudad.

El segundo testigo fue Clement Depuy, superintendente de la Compañía del Ferrocarril, quien dijo que "con relación a la responsabilidad que gravita sobre Pedro Prestán y sus compañeros por el delito de incendio de la ciudad de Colón", sabía que "varios días antes del fuego se presentó en la Oficina del Ferrocarril Pedro Prestán, y dijo, con tono de amenaza que quemaría la ciudad de Colón y mataría a todos los americanos que viven en ella si no tenía la suerte de ser victorioso en la campaña; parte de la amenaza se verificó el día treinta y uno de marzo del presente año y quedé en mi alma y conciencia convencido de que él es el hombre sobre el cual debe caer la responsabilidad de lo ocurrido en dicha ciudad de Colón".

Dupuy era ciudadano norteamericano y hablaba un español terriblemente anglicado. Aparentaba unos cincuenta años. Su estatura era aventajada, su rostro, rosado y rasurado totalmente. Tenía los ojos azules y remediaba su avanzada miopía con lentes muy gruesos.

Nadie objetó que su declaración encerraba opinión condenatoria contra el reo ni hubo quien tratara de aclarar su testimonio de referencia.

Fue tercer testigo el súbdito alemán Hugo Diestrich, a quien ni siquiera se le preguntó por su nacionalidad ni por su oficio. Era comerciante de la plaza de Colón. De mediana estatura, pasados ya los cuarenta años, lucía brillante calva, unos bigotes rubios y unos ojos verdes un tanto saltones. Aunque con fuerte acento tudesco, su español tenía buena sintaxis. Dijo el alemán que a él le constaba que PEDRO PRESTAN, antes del treinta y uno de marzo pasado, había manifestado enfáticamente que en caso de ser derrotado o tener que abandonar la ciudad prendería fuego a ésta; que entre las personas de completa honorabilidad que oyeron ésto contaba el doctor Therington y agregó que él juzgaba a Prestán capaz de cual-

quier crimen y que no tenía duda de que fuera él quien prendió fuego a Colón en la fecha citada.

Nadie preguntó a Dietrich si él personalmente oyó de labios de Prestán las amenazas, ni nadie objetó que en su declaración dictara fallo condenatorio contra el acusado solitario.

Fue el cuarto y último testigo William Connor, empleado de la Pacific Mail S.S. Co., a quien ni siquiera se le tomaron las generales, tal era la prisa que tenía el Tribunal de cancelar el caso. Connor declaró en pésimo español y socorrido frecuentemente por un intérprete, cosa que no se hizo constar en el acta de la audiencia. Dijo que "el treinta del pasado mes de marzo fue hecho prisionero por Pedro Prestán en esta ciudad y que pocos momentos después de apresado, Prestán le dijo que si del buque de guerra "GALENA", se disparaba a la costa un sólo tiro, presenciaríamos la mayor conflagración que haya asombrado al mundo civilizado. Que uno que parecía oficial de Prestán porque lo acompañaba y obedecía armado de espada y pistola, le dijo al declarante poco después, que en realidad ellos cumplirían la amenaza hecha por su jefe, que las tropas del gobierno tenían más que perder que ellos. Que estando prisionero en una colina que dista unos tres cuartos de milla de Monkey Hill, el oficial que lo guardaba le dijo a las cuatro de la mañana del día treinta y uno, que eran muchísimas las dificultades que tenía que vencer el gobierno para llegar a Colón y que aunque llegaran lo encontrarían en cenizas porque tenían orden de su jefe para quemar la ciudad en caso de derrota. Que estando a las doce del día 31 de marzo en un balcón alto de la casa oficina de la Compañía de la "Malas del Pacífico", vió que en el espacio de menos de diez minutos aparecieron ardiendo casi simultáneamente el muelle número 5 y una casa frente al muelle de la "Mala Real", hecho que unido a su convicción íntima no le deja duda de que Prestán con su cuerpo de hombres a su servicio prendió fuego a la ciudad".

Connor era un hombre de más de seis pies de estatura, cenceño y de grandes huesos, quijada prognata, ojos grises y cabellos entrecanos. Pronunciaba las erres muy fuertes, a fuer de escocés.

Nadie objetó a Connor que expresara su "convicción íntima" de la culpabilidad de Prestán.

Sobre las declaraciones de cuatro extranjeros que apenas conocían nuestro idioma y que miraban en Prestán a un tipo racialmente inferior, se adelantó el proceso. La quinta diligencia era la indagatoria de Prestán. El Auditor de Guerra, Pedro Nel Ospina, interrogó al acusado, quien contestó con calma y sobriedad. Desde las cuatro de la mañana hasta las dos de la tarde estuvo en el recinto de la cuadra perteneciente a la Calle de Bolívar, en que se encontraba edificada la casa de Gobierno, cuya cuadra estaba rodeada de trincheras. De allí no salió sino a las dos de la tarde poco

más o menos, apenas se apercibió del incendio; que desde las cuatro de la mañana, cuando principió el combate entre las tropas del Gobierno y las revolucionarias que él comandaba, no se ocupó en otra cosa que en las operaciones bélicas. Que durante ese lapso, naturalmente, habló de varios asuntos con su gente.

Cuando el Auditor de Guerra le preguntó qué personas o casa comercial hicieron para él el pedido de las armas que llegaron en el vapor "Colón", contestó con sencilla dignidad:

—No creo conducente al esclarecimiento del crimen de que se me acusa que yo delate a las personas que por amistad a mí o simpatía a mi causa hicieron venir el armamento que trajo el vapor "Colón". Mi sentido del honor y de la dignidad me impide ser su delator y ruego que se me exima de contestar esta pregunta.

Fue respetada la reserva solicitada por el acusado e inmediatamente se le dió oportunidad al reo para que declarara.

Prestán limitó su primera intervención a refutar por falsas las declaraciones de los cuatro extranjeros representantes de intereses foráneos. Todos eran testimonios de referencia. Ninguno de los declarantes había sido testigo de sus amenazas de incendiar a Colón, ni nadie lo había visto a él, ni a persona determinada que estuviera a sus órdenes, prendiendo fuego a la ciudad.

—He pedido — dijo— que se tomen declaraciones a los señores Francisco Martínez Montero, Francisco Grave de Peralta, José María Vega y Avila, Manuel S. Navarro y Manuel Pernét, todos los cuales pueden abonar mi inocencia. Martínez Montero fue precisamente quien me llamó a grandes voces para que viera el incendio. Pedí también los testimonios de Felipe Morales y de Demetrio Muñoz Morales, quien ha estado detenido bajo el cargo de homicidio, por lo que resulta fácil hacerlo comparecer a la audiencia. También solicité que se fijaran avisos para que todo el que tuviera conocimiento de los hechos se presentara a declarar, lo que sin duda arrojaría plena luz sobre este asunto. Pero mis testigos, todos colombianos, con apellidos raizales en mi país, no han sido encontrados, pero sí los cuatro extranjeros apasionados que falsamente han declarado en mi contra sin aportar una sola referencia que los califique como testigos oculares del delito que se me imputa. Tampoco se pusieron los avisos solicitados por mí en mi carácter de defensor de mi causa.

El señor Auditor de Guerra procedió seguidamente a dar la palabra al acusador, quien, con renuncia de las dos horas de tregua a que tenía derecho, procedió a darle lectura a su discurso.